

LUIS ALBERTO SPINETTA

Nota de tapa

Hombre de

LUIZ

Figura venerada del rock argentino, dueño de una fortaleza musical que resiste todos los vaivenes del tiempo, **Luis Alberto Spinetta** ostenta una trayectoria tan voluminosa como consistente. Y todavía hay tela para cortar: su último disco, ***Un mañana***, sigue dando muestras de una inspiración que no se agota y siempre levanta vuelo.

Entrevista Santiago Delucchi
Foto Eduardo Martí



LUIS ALBERTO SPINETTA

»» Ya es indeleble: está escrito ahí, en los libros de la buena memoria de la música argentina. La obra de Luis Alberto Spinetta es un tesoro para la vida y para la historia. Y lo bueno es que no se reduce al pasado: su itinerario –cada vez más inquieto, cada vez más inmenso– nunca deja de asombrar y de despertar admiración. Sus discos se siguen acumulando, nunca defraudan y, sobre todo, le permiten seguir siendo escuchado en sincronía con sus trabajos más recientes, algo que casi ningún otro prócer del rock nacional ha conseguido. Pasan los años, pasan las modas, pasan los soportes tecnológicos. Quedan las canciones, las melodías y las palabras, por siempre, resonando en el viento.

Fueron casi dos años sin noticias. Casi dos años desde una tragedia, la de Santa Fe, la que lo marcó “a fuego” (un choque que provocó la muerte de varios chicos del colegio Ecos, donde asiste su hija Vera). También pasaron cinco meses de la pérdida de uno de sus socios musicales, el baterista Daniel “El Tuerto” Wirtz. Pero todo ese dolor no apagó la luz, ni la esperanza, ni el mañana. Allí, donde nadie lo molesta, en La Diosa Salvaje, su guarida y estudio de grabación, Spinetta le dio forma a un álbum que mira al porvenir, pero que se escucha en el presente. *Un mañana* se grabó como siempre, como casi ya nadie graba:

en cinta analógica, con la banda tocando en vivo. Doce canciones, envueltas en sus propias cápsulas –esas atmósferas que, a veces, suprimen la gravedad y hacen que todo empiece a flotar–, con muchos arreglos de teclado, algunos solos de guitarra y, en especial, muchas melodías bellas (algunas más memorables que otras, como los estribillos de *No quiere decir* y *Tu vuelo al fin*, pero todas festejadas).

Un mañana, a diferencia de sus antecedentes más cercanos, masculla conceptos más directos y precisos. Su prosa se torna menos intangible. Es tiempo de salirse un poco del libreto. La prueba es esta entrevista, donde Spinetta no se guarda nada, alumbra lo oscuro y le resta brillo a lo que encandila. Su ojo avizor se abalanza sobre las enseñanzas del pasado, del país y de su carrera. Incluso examina el lugar que hoy le toca ocupar al músico de rock, flanqueado por tradiciones que se degradan y por una maquinaria del entretenimiento que clona y recicla figuritas. Y hay mucho más: preocupaciones profundas (el respeto por la vida, la imposibilidad de revertir lo sucedido), cuestiones musicales (el modus operandi de su banda, las nuevas generaciones de músicos) y temas cotidianos (lo que disfruta leer, lo que lo hace reír). Palabras de una voz iluminada.

Santiago Delucchi

ENTREVISTA > ¿En qué circunstancias se gestó y se desarrolló *Un mañana*?

Luis Alberto Spinetta: Estuvimos un mes entero, en julio, grabando todos los temas del disco, más otros que no están en él. Al otro día nos fuimos de gira por el norte del país durante un mes. Al volver, grabé dos temas nuevos que compuse en la gira. La tragedia de Santa Fe marcó a fuego mi vida desde que ocurrió, el 8 de octubre de 2006. Y no deja de ser un desafío espiritual muy

del aprecio por la vida y que, al parecer, sólo consigue advertir el peligro frente al vértigo de lo irreversible. ¿Te atormenta mucho esta idea?

Bueno, si estás en una ruta, a 180 km por hora, manejando en pedo, y no advertís ese vértigo, sobre todo el de matarte, es porque realmente no tenés respeto por la vida. Y esa imagen me obsesiona... Porque el personaje no está poniendo en peligro su vida por una razón valedera. Es mucho

una canción de los años setenta, de la época de Invisible.

Al igual que *Para los árboles* (03) y *Pan* (06), *Un mañana* gira bastante alrededor de los teclados, usados como colchones armónicos y como disparadores de arreglos melódicos. ¿Cómo se da el traspaso de las canciones que componés en la guitarra a lo que termina tocando tu tecladista?

Es muy simple. En general se da así: Claudio Cardone escucha el tema y, mientras yo lo voy pasando, él ya sabe la mayoría de los acordes tan solo mirándolos en la guitarra. Luego, cuando estamos ensayando una versión ya más sabida y chequeada, comienza a incorporar sus propias ideas. Ya me conoce y, además, sabe lo que busco. Así se produce una química perfecta. En el caso de *Canción de amor para Olga*, por ejemplo, no sólo le pedí que compusiera todos los arreglos, sino que hiciera, fundamentalmente, dos interludios libres siguiendo su imaginación. Al final trajo una joya completa y hermosa.

Las bases de tus canciones reproducen una dinámica bastante particular: hay un propósito de sostener y de dar solidez, pero también de generar cierto clima etéreo. ¿Sugerís estos conceptos? ¿O es algo que más bien se da como una reacción espontánea al ensamblaje de los instrumentos?



Soy optimista, en tanto y en cuanto retomemos una mirada muy clara de lo que significa el respeto por la vida.

importante porque hay que tomar ese ejemplo de gente que pierde lo más preciado, y con todo ese dolor se lanza a hacer algo para ayudar a sus semejantes. Eso es polenta. No vamos a parar hasta que la Educación Vial sea ley de Estado desde la escuela primaria.

El texto que escribiste para el booklet del disco, precisamente, se refiere a ese rasgo de la condición humana que se distancia

más grave: está poniendo en peligro la vida por nada.

¿Todas las canciones del disco provienen del mismo período compositivo? ¿Hubo alguna restauración?

Los temas son casi todos recientes. *No quiere decir* es de enero de 2006, y todos los otros son posteriores. La única excepción es *Hombre de luz*, que es de mi viejo, Luis Santiago, que ya tiene 89 años; es

La verdad es que la tersura de Nerina Nicotra en el bajo y la potencia expresiva de Sergio Verdinelli en la batería se acoplan mágicamente. Son muy pocos los conceptos que les sugiero; ellos cazan todo en el aire y saben muy bien lo que yo les pedí desde el ensayo cero. Fueron cosas bastante generales: a Nerina, notas bien graves en el bajo, para que siempre esté “acolchonando” a un teclado amplio; y a Sergio, que construya patrones que exciten la tocada de la viola rítmica. Ellos constituyen por sí mismos una formación de músicos geniales, ésa es la verdad.

La tecnología digital avanza a pasos agigantados y facilita el acceso a las herramientas de grabación. ¿Por qué grabaste en cinta analógica? ¿Creés que tu música no siempre suena como desearías que sonara?

Quiero aclararles que no he dejado de grabar en cinta ninguno de mis discos, nunca... O sea que la cuestión, para mí, no se trata de una novedad, ni siquiera pasa por la calidez. Siempre grabé en cinta. La novedad, en todo caso, es la herramienta digital que va más allá del grabador, que se sincroniza con él y que extiende las posibilidades sonoras. En general, uno suena tal cual sueña, y si algo quedó mal, te das cuenta enseñuida. A veces uno quisiera sonar más, pero eso ya está definido en el material musical antes de grabarse.

A fines de los noventa, con Los Socios del Desierto, recuperaste la visceralidad rockera de la formación de trío, con cierta analogía a lo hecho con Pescado Rabioso e Invisible. Ahora, siguiendo una correspondencia casi cronológica, aparecen ciertas similitudes con Spinetta Jade...

Cuando me abrí de los Socios fue porque me agotaba el volumen. Es algo que se relaciona más con mi salud que con la música en sí. Partíamos de un volumen bien alto, y ya se sabe que esto produce agotamiento en el cerebro, más aún después de muchos años de desgaste del oído, sobre todo de los tonos medios, que es un mal del rockero. Muchos años de picos de cien decibeles o más te dejan el sistema auditivo como un balde de zinc. Cuando ingresan los teclados, de alguna manera, todo se suaviza, al menos para el concepto del hard rock. Por eso baja la presión sonora, como sucedía en Jade. Y por eso hay una asociación válida entre proyectos tan diferentes y lejanos en el tiempo.

La literatura no es ajena a tu arte: tus letras y tus escritos lo delatan. ¿Qué lecturas lograron entusiasmarto en los últimos tiempos?

Últimamente me gustó leer a Felipe Pigna, aunque lo que cuenta me llena de dolor e impotencia. También me gustó *Amor y país* de Alejandro Rozitchner. Pero obviamente no leo sólo historia argentina... También está Idea Vilariño, los haikus, Borges, Castaneda releído, Yukio Mishima y muchos otros... ¡Es que hay tanto! En poesía, este año, me rompió el bocho Delfina Goldaracena, una joven y espléndida poetisa que murió en la tragedia de Santa Fe. En su único libro, *Tiempo efímero*, escribe como los dioses su propio destino de verbo profundo... Hermoso hasta el cielo donde habita ahora con sus compañeros.

Te tocó vivir diversas etapas de nuestro país. Y esas situaciones, de algún modo, con más o menos vuelo metafórico, marcaron parte de tu música. ¿Qué sentimientos te provoca la actualidad argentina? ¿Sos optimista o ves el futuro con despecho?

Estamos en un punto crítico: pocas veces la historia concede las oportunidades que hay ahora para la Argentina. De nosotros depende construir con educación y salud, o volver a traicionar a quienes dieron su sangre para hacernos una nación. Soy optimista, en tanto y en cuanto retomemos una mirada muy clara de lo que significa el respeto por la vida. En general, al rockero pelotudo le cuesta imponerse esas

el que se incluye *La bengala perdida*, una canción bastante vigente en términos simbólicos. ¿Qué paralelismo entrevés entre aquella época y ésta?

Esa canción, *La bengala perdida*, está inspirada en una conversación con un barra-brava de Rosario Central. Al respecto, y dado el nivel agresivo de las barras futboleras de la actualidad, con todas las aberraciones que han sucedido en las canchas y alrededores, nada ha cambiado... Más bien ha empeorado. Yo entiendo que el barra-brava es bravo por su corazón que defiende los colores, no porque mata a cadenasos o porque todos le tenemos miedo. Estamos peor porque antes era la dictadura de los cadenasos. Y ahora, después de lo aprendido, nosotros no podemos demostrarnos que vivimos en paz sin la bota en la nuca... Quizá sea por esa misma herencia violenta. O por ignorar el respeto por la vida.

La degradación fue más allá de la cancha: la “bengala perdida” llegó hasta el rock...

La tremenda falla en la educación le hace creer a un pibe que puede encender una bengala en un lugar cerrado, donde una banda toca música, sin producir un desastre; o bien, que a padres que fueron con sus bebés se les ocurra dejarlos durmiendo en un baño como “guardería” mientras la banda está al palo... ¡Lo lamento tanto como músico! Eso no es tradición rockera... Es tradición de ignorancia de las cuestiones más esenciales de la vida.

No desarrollé ese costado de ‘rockero inútil’ porque siempre estuve ocupado en servir a quienes amo.

”

visiones, porque como tal no le importa nada de la gente y preferiría estar drogado, estar al pedo y ganar guita y minas, creyendo que es sólo una estrella. No es mi caso, nunca me vi así en mi vida. No desarrollé ese costado de “rockero inútil” porque siempre estuve ocupado en servir a quienes amo.

Se cumplen veinte años de *Téster de violencia*, un disco de corte casi conceptual, en

También se cumplen cuarenta años de los primeros simples de Almendra. ¿Cómo ves aquellos años incipientes de tu carrera y del rock nacional?

Estábamos aprendiendo a tocar y a vivir de una bajo un nombre: Almendra. Fuimos inspirados por todos y, a la vez, inspiramos a muchos. Para lo prematuro y rápido que fue, fue muy bueno. Nos abrió en veinte y nos impulsó. Es un hermoso proyecto que, de alguna manera, nunca abandonaré. >>>



»» Se sabe que seguís atentamente la carrera de tus hijos músicos, Dante y Valentino, quienes además colaboraron en *Un mañana*. ¿Qué otras cosas de las nuevas generaciones te llamaron la atención?

Me gustan mucho los jóvenes que siempre están buscando y aprendiendo más música. Obviamente que mis hijos son muy talentosos y los sigo con mi corazón expectante, pero no olvidemos que hay infinitos estilos. Podría nombrarte a verdaderos

to del rockero, que obedezcan a sus caprichos es una especie de clave. Pero después, con la fama y la guita, puede ser que los únicos que obedecen a sus caprichos son los managers que gestionan las esponsorizadas, y el que termina agarrado de los goivos es el que se creía una estrella. Y me repregunto: alguien que se cree trascendente, o que tiene intenciones de cambiar las cosas, y que acepta tocar unas mierdas tremendas, con y para gente horrible, col-

Si un artista no se respeta a sí mismo, a fondo, se mutila. Y luego no aparecen las alas... Nunca más.

”

maestros como Juan Quintero, Francisco Fattoruso, Andrés Beeuwsaert, Gonzalo Aloras y, en otro estilo, Lucas Martí, El Otro Yo, Catupecu Machu... Y si te digo que las No lo Soporto o Pity y el guitarrista de Intoxicados tienen algo muy bueno, por ahí me mirás de reojo, pero no me importa porque me gusta lo que me va.

La situación que atraviesa Charly García no deja de pasar inadvertida. ¿Cómo vivís, desde tu refugio mediático, lo que le está ocurriendo a él?

Cualquier momento es bueno para mandarle una buena onda al flaco. Yo no estoy en ningún refugio mediático, y esta nota lo prueba. Y así les digo que sé que García es demasiado inteligente como para pretender autodestruirse sin que a nosotros eso nos mate. Eso es lo que pasa. Lo amamos, y esperamos aún sus mejores canciones. Es un fenómeno muy difícil de entender, sobre todo a través de la versión de la prensa amarillista de siempre, que es el buitre que come del dolor ajeno. Charly no debería alimentarlo nunca más. Feed no more.

Tal vez no es un refugio mediático, pero sí tomás distancia cuando es preciso. Te mantenés lejos del star system y levantás la persiana sólo en los momentos necesarios: un disco, un show, una nota, cada tanto... ¿No te sentís un poco fuera de todo el mundillo del rock?

Eso es lo lindo: ser libre y soberano. Estar sin estar, como una poesía. Para el concep-

mada de celulares y laptops, ¿qué es, para las “abrochadas” entre los sellos y los medios, sino un ego tarado y, por lo tanto, un títere redituable? Si un artista no se respeta a sí mismo, a fondo, se mutila... Y luego no aparecen las alas... Nunca más.

En tiempos en que los clichés rockeros se prestan al manoseo de la moda y de las campañas publicitarias, los chistes de Peter Capusotto animan cierta parodia y desacralizan un poco el circo del rock. ¿Qué opinás de su programa? ¿Estás al tanto de Luis Almirante Brown, uno de sus personajes?

Soy fan absoluto de Capusotto. Es genial y no paro de reírme. Fui a ver las dos obras de teatro que hizo con Alberti, que también es un genio, como Casero y otros... Para que te des una idea de lo importante que es para mí la magia de reír. Saborido, su productor y guionista, es un maestro. Luis Almirante Brown es espectacular. A veces los temas tienen puntos de belleza, los cuales inmediatamente se pudren en la obscenidad más absurda. Es nuestra propia espiritualidad en juego en el mundo del revés, teniendo en cuenta que hay una tendencia a superar el sentido del revés, para dar paso a un reblandecimiento que podría ser el negativo de la lucidez.

UN MAÑANA
(Universal)

»» www.laspinetta.com.ar

»»

»»» experience



© Oscar Bony, Almendra

Cuatro décadas del trazo poético y fundacional del primer simple de Almendra, dos décadas del rayo observador y resplandeciente de *Téster de violencia*... La obra de Spinetta siempre encuentra motivos para actualizarse y proyectar así nuevas retrospectivas. Muchos discos para redescubrir. Y, sobre todo, *Un mañana* para disfrutar hoy.
Por Oscar Jalil

spinetta

“Creo que mi carrera fue siempre muy desviada y pienso que, en definitiva, la desviación es el curso aleatorio de la naturaleza, es lo que imprime la mutación genética y el movimiento de las grandes significaciones. La desviación genera los saltos cualitativos. Toda la aparente concordia está establecida en base a innumerables desviaciones que han producido los movimientos de las cosas.” Así respondía Luis Alberto Spinetta a la pregunta de Eduardo Berti que abría el libro *Crónicas e iluminaciones*. Pasaron veinte años de esa serie de charlas y el tiempo transcurrido sigue jugando a favor del rumbo torcido, esa línea a futuro que no reconoce el paso del tiempo o el desgaste propio de una obra que está por cumplir cuatro décadas. Es imposible, entonces, no mirar de reojo el año calendario que acompaña a cada movimiento del músico inabarcable. Es casi como un modo inocente de buscar señales, atrapar el asombro y de nuevo echar a rodar las piezas del rompecabezas. Tomar a Spinetta como una experiencia resuelve los juicios comparativos y la innecesaria búsqueda de similares. ¿De cuántos pioneros del rock argentino se puede decir lo mismo? Hasta el disco fallido *Only Love Can Sustain* (80), grabado en los Estados Unidos, hoy puede escucharse como

un ejercicio de prueba entre tantas *masterpieces*. Cada cual tiene su Spinetta para armar: ni treinta y seis discos originales ni las diferentes modulaciones de un repertorio siempre cambiante en materia de elecciones estéticas han frenado esa pasión nacional de agrupar las distintas etapas de toda una carrera, como si se tratara de un Frankenstein de uso personal. Ahí están, por ejemplo, los defensores conspicuos de *Pescado Rabioso*, mientras su mentor ya fue y volvió varias veces de esos viajes al magma eléctrico. Basta verlo en vivo para entender que en cada bolsillo de la platea aparece una lista alternativa de temas que casi nunca coincide con la que preside el escenario; mundos inconciliables que mantienen viva la conexión entre el artista y un público exigente. La sabiduría de Diego Capusotto, con su Luis Almirante Brown, explica mejor que nadie esa brecha de adhesiones, caprichos e insatisfacciones en el fanatismo. Pero siempre hay una fuerza interior que sabe apreciar el presente, el punto en que se unen las flechas del pasado y del mañana, que siempre es mejor. El primer esbozo llegó con forma de simple, durante la primavera de 1968. El lado A arrancaba con una frase imborrable: “Para saber cómo es la soledad”. Y de ahí en más,

Tema de Pototo marcó el camino de Almendra y su aura de nave madre. Aún impresionan los arreglos vocales sobre ese beat fundacional y la emoción que trasmite el Flaco al cantar una especie de elegía al amigo que ya no está. Aquí nace un rasgo de estilo inalterable: la voz propia y un lenguaje anfíbio como letra de rock y edificio poético. Hay que celebrar los cuarenta años de una canción que inicia los desvíos: desde ese momento no habrá pausa, y el rigor artístico pedirá superación a cada paso. *Pescado Rabioso* llegará como escudo anárquico y valvular. Más tarde Invisible abrirá las puertas al jazz y a una dramaturgia tanguera dentro de un rock progresivo tan genuino como los deseos de cambio de Spinetta Jade. O como los esfuerzos solistas durante la década que dejó varados a unos cuántos fundadores: en los ochenta, Luis Alberto ganó prestigio sin abandonar su universo personal y resistiendo a la tan temida madurez con emblemas modernos como el fastuoso *Privé* (86). Y sobre el final del decenio volverá a brillar como en los tiempos de *Artaud* (73), *El jardín de los presentes* (76) o *Kamikaze* (82): con *Téster de violencia* (88), Spinetta renueva la mirada del observador comprometido y elabora un álbum de canciones más directas, casi el reverso de sus discos abstractos. A veinte años de aquel trabajo, otra fecha redonda, donde las canciones no exigían procesos de lenta degustación, *Téster...* sostiene la inmediatez que también identifica al reciente *Un mañana*. Ambos contienen “dolor y esperanza”; los pliegues de *La bengala perdida* viajan con la misma carga mortífera que alcanzó hace dos años a las víctimas de la tragedia vial de Santa Fe, imprudente desenlace que inspiró el nuevo trabajo de Spinetta. En el plano musical, las guitarras avanzan con la misma hidalguía prepotente que movía a Guille Arrom en un disco que merece ser redescubierto para pelearle palmo a palmo a títulos más reconocidos como *Pelusión of Milk* (91). Pero la idea era evitar las comparaciones (un tic que regresa como las manías de la adolescencia, que suelen instalarse para toda la vida). *Un mañana* es Spinetta en estado de gracia: la feliz combinación de planetas que cada tanto acompañan a las canciones acentuando la inspiración en las melodías, los arreglos y las palabras. Todavía no es tarde para escucharlo en tiempo, sólo hay que descreer de sus incondicionales y de las críticas aduladoras; el Spinetta esencial descansa en las elecciones arbitrarias de cada uno.